

# NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

## RESEÑAS

Carlos Pereyra, **Sobre la democracia**, México, Editorial Cal y Arena, 1990, 301 pp.\*

EL LIBRO PÓSTUMO de Carlos Pereyra, *Sobre la democracia*, que hoy presentamos en nuestra Facultad ante profesores que fueron compañeros suyos y alumnos que, en bastantes casos, fueron sus discípulos, nos ofrece —o al menos me ofrece a mí— una doble y contradictoria impresión: la de sorprendernos y no sorprendernos a la vez. No nos sorprende a los que ya conocíamos su amplia obra. Una obra que comprende no sólo sus textos más abstractos sobre filosofía, historia o teoría política, sino también sus ensayos y artículos periodísticos en los que aborda los problemas más inquietantes y actuales. No nos sorprende, por supuesto, a quienes ya advertíamos, como características de sus escritos más diversos, su claridad y precisión, su rigor y espíritu crítico, su antidogmatismo y compromiso —para servir así a un compromiso político y social— con la verdad. Ciertamente, la presente ordenación de los escritos en torno a la democracia, permite que unos textos se beneficien de otros y que las características antes apuntadas, que aparecían aisladamente en ellos, resalten ahora más vigorosamente. Sin embargo, no hay sorpresas al releerlos. En ellos encontramos, crecido y reforzado, lo que ya estaba en ellos.

Ahora bien, lo que nos sorprende en esta relectura a la distancia de algunos años, y tomando en cuenta el ritmo acelerado y frenético con que se producen ciertos acontecimientos y saltan al primer plano ideas, preguntas, inquietudes que hace pocos años no aparecían con la misma fuerza; lo que nos sorprende —repito— es la actualidad y vitalidad de los textos que se recogen en este volumen. Las cuestiones que se plantean en él, el modo de abordarlas —el rigor de su análisis y la voluntad desmistificadora—, así como las respuestas que nos ofrece —aunque algunas sean discutibles—, resultan en estos momentos intensamente vivas y, por tanto, actuales.

Del rico contenido temático del libro, y justamente para poner a prueba esa vitalidad y actualidad, fijaremos la atención en los textos de la primera sección

del libro. Son aquellos en los que se plantean las relaciones entre democracia y socialismo y, con base en ellas, el destino propio —e incierto hoy— del socialismo.

Una serie de acontecimientos recientes están en la mente de todos: el derrumbe del "socialismo real" en los países del Este de Europa, el desmantelamiento del sistema burocrático y despótico que se había consolidado en la Unión Soviética desde los años 30 y el porvenir difícil del socialismo, cuyo perfil aún no se dibuja, después de haber desbloqueado la *perestroika* el camino hacia él, que se había cerrado. Y, a consecuencia de todo ello, hay que registrar el empeño de ciertos círculos en asociar toda alternativa socialista al capitalismo con el "socialismo real". De este modo, desacreditado, negado, el socialismo se contribuye a aceptar el "fin de la historia", pues ésta ha llegado a su último capítulo: el triunfo del capitalismo con todos sus bienes (la propiedad privada, el mercado). El capitalismo queda así exonerado de sus males y pecados; esto puede hacerse justamente porque —supuestamente— en él se desarrolla y afirma ciertamente lo que el "socialismo real" había negado: la democracia.

Todo un tejido de mistificaciones, falsas generalizaciones, argumentos infundados se ponen ahora en movimiento para hacer comulgar con estas "ruedas de molino". Al destejer este conjunto de mitos, falsedades y sofismas, viene como anillo al dedo el análisis serio, el rigor, la argumentación racional a que ya nos tenía acostumbrados Pereyra. Porque *aquí* se revela fecundo su modo de pensar, de abordar los problemas, así como las respuestas que ya Pereyra había dado a cuestiones que, con el tiempo, han adquirido la intensidad que tienen en nuestros días. Volver en estos casos a sus textos es de gran utilidad para quienes pretenden buscar concisión, claridad, argumentación racional en cuestiones que el talento o la estulticia confunden o enmarañan en nuestros días.

Veamos pues, lo que Pereyra piensa respecto a algunas de estas cuestiones. Empecemos por la de la naturaleza del "socialismo real". Con su espíritu crítico insobornable, reconoce el retraso con que la izquierda ha abordado críticamente esta cuestión:

\* Texto leído durante la presentación del libro en la Facultad de Filosofía y Letras.

“La izquierda de los países capitalistas —dice— ha tenido que recorrer un largo camino para estar en posibilidad de apreciar en forma crítica lo que sucede en el *socialismo real*” (p. 53). Esto se explica por una mentalidad dogmática que Pereyra combatió con tesón. Pero la naturaleza del “socialismo real” la encuentra sobre todo en haber convertido en términos excluyentes, o en una contradicción, lo que constituye una unidad indisoluble: socialismo y democracia. “El *socialismo real* con su pretensión de ser la *realidad del socialismo* aparece como la confirmación cotidiana de esta contradicción” (p. 51). Pereyra no acepta que esta sociedad pueda considerarse socialista por haberse abrogado la propiedad privada sobre los medios de producción. “No hay socialismo por la mera circunstancia de la desaparición de esta forma de propiedad, si ella no va acompañada de la socialización del poder” (p. 52).

En Pereyra encontramos una clara respuesta a este intento actual de hacer pasar por socialismo el “socialismo real” para así destruir la imagen de todo socialismo. Niega por ello que estatización de los medios de producción y socialismo sean una y la misma cosa. Y señala una serie de rasgos que no se dan o se niegan en el “socialismo real”, y que son inseparables del socialismo: libertades políticas, pluralismo ideológico, cultural y político, “la participación de los miembros de la sociedad en el control de la cosa pública, la descentralización del poder, el despliegue autónomo de la sociedad civil... en fin, la democracia” (p. 35).

La conclusión a que llega, una y otra vez, es que la democracia es una cuestión central en todo proyecto de transformación social en una dirección socialista.

Pero aquí se hace necesario precisar este concepto de democracia y darle su verdadero valor y justa dimensión. En primer lugar, porque el “socialismo real” ha negado en nombre del socialismo la democracia; en segundo lugar, porque —como reconoce Pereyra— forma parte de la tradición de la izquierda comunista la subestimación del valor de la democracia, y, en tercer lugar, porque el capitalismo se presenta interesadamente —y esta presentación cobra mayor fuerza en nuestros días— como el hogar propio o natural de la democracia.

Sobre este punto encontramos páginas esclarecedoras que echan por tierra los argumentos que hemos visto esgrimir en estos días en favor de “la tesis de que entre capitalismo y democracia existe una conexión necesaria” (p. 33). Pereyra se opone a la afirmación de que “la tendencia a la democratización sea inherente el proceso de desarrollo capitalista” (p. 34). Y recuerda a los desmemoriados, con referencia especial a lo que sucede en los países del Tercer Mundo que, incluso cuando se da cierto juego democrático, “no se anula la contradicción básica entre el principio de la soberanía popular y la lógica de la acumu-

lación capitalista” (*id.*). El empeño en asentar en la naturaleza misma del capitalismo —por ejemplo, en su mercado— la democracia misma, queda refutada con base en la propia historia real. O, como dice Pereyra: “La creencia de que el modo capitalista de producción demanda de suyo la democratización de la sociedad carece de sustento histórico” (p. 40).

Ciertamente, no niega que cierta democracia se da bajo el capitalismo, pero lejos de darse en una conexión necesaria con él “ha sido obtenida y preservada” contra la burguesía. Esto explica que, frente a cierto uso que de él ha hecho la izquierda, Pereyra rechace por equívoco el concepto de “democracia burguesa”, ya que da a entender que la democracia bajo el capitalismo responde de modo directo e inmediato a los intereses de la burguesía, ignorando o subestimando el papel que en su conquista y mantenimiento corresponde históricamente a las clases populares. Lo que explica asimismo la tardía incorporación de la izquierda a las luchas por la democracia y la necesidad de salir al paso de ciertas dicotomías confusas como las de democracia política y democracia social, democracia formal y sustancial, democracia representativa y directa. En todos estos casos, y con dedicatoria especial a cierta izquierda dogmática, Pereyra pone los puntos sobre la *ies*. Se pronuncia contra las opciones por una u otra alternativa, con carácter excluyente, pues si bien considera que toda democracia es a la vez política, formal y representativa, piensa también que las formas propias de esta democracia “no son suficientes para obtener la participación de la sociedad en la cosa pública” (p. 60).

Nada de lo que dice Pereyra acerca de los límites —e incluso la hostilidad— del capitalismo a la democracia, absuelve al “socialismo real” como sistema antidemocrático. Pero, a su vez, con base en sus planteamientos de la negación de la democracia en el “socialismo real”, no se puede sacar la conclusión —que hoy se proclama sin pudor alguno a los cuatro vientos— de que el capitalismo, justamente por la propiedad privada (ciertamente se habla de la propiedad privada del tendero de la esquina, no la de la *General Motors* o la del monopolio televisivo autóctono), o por la panacea que es el mercado, el capitalismo es el lugar propio de la democracia. y, por tanto, un sistema que no admite alternativas. No admite sobre todo, y así se decreta puesto que la historia ha terminado, la alternativa del socialismo, ya que se proclama dogmáticamente que no hay más socialismo que el —hasta hace poco— “realmente existente”.

Bastan las consideraciones anteriores sobre la naturaleza del socialismo real, las características de un socialismo inseparable de la democracia, así como de las relaciones históricas —no imaginarias— entre capitalismo y democracia, cuestiones hoy tan debati-

das, para que reconozcamos la actualidad y vitalidad de los planteamientos rigurosos, claros y fundados de Carlos Pereyra en el libro que comentamos.

Aunque Pereyra no puede estar físicamente en los debates de estos días, sus ideas sí lo están. Su crítica sin concesiones al socialismo real y la afirmación de la democracia negada por él, lejos de conducir a sus lectores a replegarse en una apología indirecta del capitalismo, le afirman en la convicción de la necesidad —por lejana que pueda estar su satisfacción— de una alternativa socialista a los males, contradicciones e injusticias del capitalismo, entre los cuales se hallan históricamente los que ha cometido —y comete cada día en los países del Tercer Mundo— contra la democracia.

Adolfo Sánchez Vázquez

**Varios, Nuestra América frente al V Centenario. Emancipación e identidad de América Latina (1492-1992), México, Joaquín Mortiz/Planeta, 238 pp.**

SI TUVIÉSEMOS que distinguir en la actualidad el rasgo distintivo de América Latina, éste sería, sin lugar a dudas, su carácter de dependencia y subdesarrollo. No es exagerado afirmar que desde su integración como un todo al sistema de dominación occidental (primero el europeo y después el estadounidense-europeo) la región latinoamericana no ha podido recobrar su soberanía política ni económica. Este hecho ha traído como consecuencia la expropiación de sus riquezas naturales, materiales y humanas por el imperialismo, quien se define de suyo por su hambre inagotable de recursos ajenos. Este fue precisamente el interés que trajo a los conquistadores ibéricos a América y es el mismo que a partir de la segunda posguerra mueve al FMI.

Desde la llegada de Colón, hace ya casi 500 años, se ha visto a nuestro continente como la tierra pródiga de la cual todos podían abastecerse (destino que hemos compartido con África). Basados en esta convicción, los europeos pregonaron haber descubierto América, ignorando por completo a los hombres (de quienes dudaron que realmente lo fueran) que ya habitaban este territorio.

En 1990, ante la proximidad del V Centenario de la llegada de las carabelas a lo que Colón creyó eran las Indias, se hace necesaria la reflexión sobre la trascendencia del hecho que permitió la comunicación entre dos mundos que hasta entonces se ignoraban. *Nuestra América frente al V Centenario* es un texto colectivo que responde a la necesidad de analizar este acontecimiento histórico; asimismo, permite al lector formarse una opinión ante los múltiples preparati-

vos de festejos, celebraciones, encuentros y encubrimientos que se realizan en ambos lados del Atlántico con motivo de dicho suceso.

El libro está compuesto de tres secciones: la primera, de *ensayos*, aglutina una numerosa cantidad de autores, quienes desde diferentes disciplinas y desde varios países reflexionan sobre esta efeméride. Una divertida —aunque siempre irónica— muestra de obra gráfica y cuatro poemas del teólogo de la liberación Pedro Casaldáliga, siguen a ésta; y concluye con un no menos interesante espacio de entrevistas. En total casi una treintena de latinoamericanos y latinoamericanistas cuyos textos, dibujos y declaraciones expresan el compromiso humanístico y emancipador de sus autores, quienes preocupados por el sentir de *nuestra América* (así la llamó Martí para distinguirla de la situada allende el río Bravo, como también para denotar que nos pertenece a los que la habitamos) evalúan la trascendencia del inicio de dos civilizaciones que se desconocían, pero manifiestan su desacuerdo ante la celebración como tal pues, piensan, no se pueden soslayar las consecuencias trágicas de este "encuentro"

Para todos es un hecho que la llegada de los europeos a América tenía ante todo fines colonizadores, por más que el papa Alejandro VI haya autorizado a los reyes católicos la apropiación de las tierras descubiertas y por descubrir con el único fin de que las poblaciones indígenas que se encontraban en esos territorios tuviesen la dicha de conocer la doctrina de Cristo. De todos es conocido también la falsedad de tal justificación, usada sólo como pretexto para otros objetivos, una de cuyas consecuencias fue el exterminio —en algunos lados parcial y en otros total— de las culturas mesoamericanas al grado de hacer desaparecer por completo en el Caribe a los aborígenes. Ante tales circunstancias es inconcebible —como lo señala el escritor uruguayo Mario Benedetti en su ensayo "una América por descubrir" —que España nos invite a celebrar lo que el rey de ese país ha denominado *encuentro de dos culturas*. El autor de *La tregua* se pregunta con cierto sentido del humor cómo reaccionaría España si nosotros, sus ex colonias, la invitáramos a celebrar solidariamente nuestra independencia y fin del Virreinato.

El libro del que me ocupo cumple la función de hacer un recuento de nuestra memoria histórica para lograr una mejor comprensión de nuestro presente, al tiempo que proporciona una serie de elementos para ensayar una visión más objetiva de nuestro futuro. Por ejemplo, en su escrito "Identidad, memoria histórica y utopía" Rubén R. Dri propone hacer funcionar la memoria histórica con el fin de que podamos recuperar nuestra identidad. En tanto, Heinz Dieterich ("Emancipación e identidad de América Latina: 1492-1992") coincide con Dri en la gran importancia que tiene la búsqueda de nuestro carácter distintivo, argu-

mentando que sólo a partir de su recuperación es posible lograr la integración de América Latina, ya que —afirma— “un pueblo sin conciencia de sí es un gigante miope que no puede ver el camino que ha de andar para su liberación”.

La destrucción de las culturas autóctonas por los europeos significó la negación del hombre americano, misma que trajo como consecuencia la ignorancia tanto de su propio ser como de sus derechos. Los autores reunidos en el presente volumen asumen diferentes actitudes al evaluar la esencia del llamado “descubrimiento”: Roberto Fernández Retamar inicia su colaboración con un fino sentido del humor al señalar que “Madrid, París, Venecia, Florencia, Roma y Atenas fueron descubiertas por mí en 1955”, haciendo notar lo subjetivo y parcial que es hablar de un descubrimiento en el caso americano. Por su parte, Enrique Dussel intenta dilucidar las razones a las que obedece la parcialidad de los europeos. A través de un análisis basado en la filosofía de Hegel, Dussel manifiesta su acuerdo con la tesis de O’Gorman que sustenta “la invención de América” por parte de los hombres del viejo continente, y sostiene que dicha visión de los conquistadores tiene su principal causa en considerar a América como un ente, como una cosa; es decir que no se aceptó la existencia de un ser americano y por ende no se le respetó como “un otro”, sino que se le ignoró y subyugó. Ante este hecho, es necesario —considera el filósofo argentino— realizar un desagravio histórico que dignifique a los pueblos indígenas, consistente en que España y Portugal “reparen la ofensa y reconozcan su culpa”.

En su turno, Gregorio Selser explica (“Lo de América: ¿Descubrimiento, encuentro, invento, invención, tropezón? ¿Querella nominalista?”), mediante una remisión directa a las fuentes históricas, la idea que se fue formando el europeo de los americanos hasta concluir en la llamada “leyenda negra”, sustentada principalmente en la negación del indígena que responde a un interés colonialista. Para Miguel Bonasso la conquista realizada hace 469 años se mantiene vigente en esencia, pues se manifiesta de la misma forma aunque con diferente método. En su escrito “Entre la modernización y la nueva emancipación”, Bonasso sostiene que hoy, al igual que ayer, la forma en que se ha ejercido el dominio en las naciones tercermundistas se da a través de la eliminación de su identidad; esta tarea que en el pasado fue desempeñada por la evangelización hoy la cumplen los medio de comunicación masiva.

Es indudable que Hispanoamérica mantiene una lucha constante ante esta adversidad que la ha conducido a la pérdida de su dignidad e identidad, concluye Luis Cardoza y Aragón en su ensayo “La conquista de América”, en donde el escritor guatemalteco señala las que a su consideración son las tres causas principales de las luchas que se registran

en América Latina, principalmente en América Central: 1) son luchas anticoloniales; 2) son luchas en contra de la enorme miseria ocasionada por el colonialismo, y 3) son luchas por los más elementales derechos humanos.

Sin embargo, todas estas circunstancias adversas que han provocado la crisis en muchos países del área, han funcionado como catalizador para la unificación regional, sobre todo en el terreno cultural. Así lo considera Elena Poniatowska en “Memoria e identidad: algunas notas histórico-culturales”. En su análisis la periodista mexicana explica que el reencuentro de los países latinoamericanos está volviéndose cada vez más evidente en el campo de las letras; la literatura ha redescubierto un lenguaje común que unifica a toda la región, prueba de ello es que *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, escrito en el lenguaje de las clases medias argentinas, es leído y comprendido del Bravo hasta la Patagonia; lo mismo sucede con *La guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez, escrita prácticamente en “puertorriqueño”; asimismo, Juan Pérez Jolote, personaje central del libro homónimo de Ricardo Pozas, pudo haber nacido lo mismo en Chiapas que en Guatemala. Es así como la cultura en América Latina cumple, como siempre lo ha hecho en la historia, fines emancipadores. Ella es la que se encarga de encontrar o evidenciar la identidad de los pueblos, ofreciéndole al cambio efectuado por la historia la esencia que le proporciona continuidad.

Reflexionando en lo anteriormente expuesto, la lectura de *Nuestra América* . . . nos motiva a pensar que no podemos tomar el término conquista en su estricto sentido, ya que éste significa el triunfo total del conquistador, circunstancia que, se desprende del libro, aún no se ha presentado en América Latina. Así lo confirma la tercera y última parte del volumen, integrada por entrevistas a Fidel Castro, Noam Chomsky, Domitila Chungara y Oswaldo Guayasamín, quienes coinciden en la opinión de que las naciones americanas han mantenido desde siempre una fuerte resistencia en contra de los agentes destructores de sus raíces. Este esfuerzo realizado sobre todo por los pueblos indígenas nos ha permitido observar que a pesar de las particularidades de cada pueblo existen características que nos hacen comunes, y que son estos rasgos afines, precisamente, los que nos dan lucidez para ver que hoy en día no hay diferencias sustanciales entre México y Perú; que en esencia es igual un minero boliviano y un guatemalteco, lo mismo que un campesino nicaragüense es comparable a uno salvadoreño. En conjunto, los ensayos y entrevistas convergen en la idea de que estamos recuperando nuestra identidad y avanzamos hacia nuestra emancipación.

Elena Enríquez Fuentes